

# INTRODUCCIÓN

## **De brujas, naguales y lobisones: Transformaciones populares y malas imitaciones occidentales**

Bienvenidos y bienvenidas al 4º Foro Latinoamericano "Memoria e identidad". No siempre nos es fácil explicar que el Foro no es un Congreso, con el debido respeto a los Congresos. Es un ámbito de diálogo intercultural, y en términos menos técnicos, un lugar donde recomponer la unidad perdida entre el pensar, el sentir y el hacer, un espacio de encuentro para la transformación mutua. Si la identidad es el conjunto de los motivos que tenemos para seguir juntos y juntas, entonces el Foro Latinoamericano es un espacio donde fortalecer identidades a partir, justamente, de la diversidad que somos y que constituye nuestra principal riqueza. Un ámbito de transformación mutua para reinventar la realidad. Suelo decir que si los cambios que anhelamos hacia un continente más incluyente, más humano y más justo están en el territorio de lo imposible... allá habrá que ir a buscarlos.

Esas transformaciones imposibles han estado siempre en el universo mágico pero real de las culturas populares de nuestra América Latina. Yo creo que, sobre eso, no es poco lo que podemos aprender de las brujas. Desde aquí, desde el Paraninfo de la Universidad, quiero quebrar una lanza por esas hermosas brujas criollas, que han sabido cómo aterrar al poder de los hombres llevando al extremo las más misteriosas y fascinantes cualidades de la naturaleza femenina hasta convertirlas en instrumentos de guerra vigentes todavía hoy, en el siglo de los viajes a Marte y los celulares con camarita. Debe ser por eso que los hombres de fe inventaron el Santo Oficio de la Inquisición, destinado a enviar a las mazmorras, la horca o la hoguera a todos los que se pusieran en el camino de la verdad única occidental, especialmente a las mujeres.

Prueba de esta labor de resistencia femenina a la opresión es la alianza, bastante común, entre las brujas y los pueblos indígenas. De hecho, aún se recuerda en Santander a Leonelda Hernández y las cinco brujas mestizas de Burgama que, según Ocampo, dedicaban sus esfuerzos a "sanar a los endemoniados, curar a los enfermos, apaciguar a los violentos, ayudar a los enamorados y a los celosos". Tras ser apresada por la Santa Inquisición, los búrburas se rebelaron y tendieron una emboscada a los escoltas cuando ya la tenían con la soga al cuello en el Alto del Hatillo, frente a Ocaña. El ahorcado pasó a ser el capitán español, adornado por sus propios soldados pasados a cuchillo. Desde entonces, el Alto del Hatillo se conoce como "Alto de la Horca", y el grito de "¡Aquí, los Búrburas!" con que Leonelda azuzó a sus amigos nativos mientras tomaba del cuello a su propio verdugo, pasó a ser grito de guerra del pueblo búrbura y testimonio de la extraña alianza.

Les llaman "tlahuelpuchis" en Tlaxcala, México, y aterran a los campesinos porque siempre las acompaña una intensa luminosidad que las rodea y encandila a cualquiera que se ponga en su camino. También se dice que quien se encuentre con una tlahuelpuchi no debe jamás mirarla a los ojos, porque lo embruja con su poder. Y yo no lo pondría en duda. En República Dominicana, las conocen como "ciguapas", extrañas mujeres con poderes mágicos que viven en las montañas, de piel morena y un larguísimo pelo negro como única vestimenta. Se dice que son espantosamente hermosas, y se las teme porque de noche asaltan a los caminantes y les hacen el amor salvajemente, para luego dejarlos tirados en el campo. Si usted se encontrara con una ciguapa y dudara de su naturaleza, no es difícil identificarlas: los campesinos dominicanos afirman que las ciguapas tienen los pies al revés, porque caminan en contra del rumbo de su destino.

Dicen en Boyacá, allá en el altiplano de Colombia, que a medianoche de los viernes de plenilunio las brujas se dividen en dos. De la cintura para abajo se quedan en sus casas, y de la cintura para arriba salen a cruzar el cielo de la noche convertidas en chulo, pájaro negro de aquellas tierras. Maravillosa y envidiable capacidad de las brujas boyacenses: mantener los pies

en la tierra y, al mismo tiempo, salir a volar. Seríamos tontos si no agacháramos nuestras académicas cabezas y les pidiéramos que nos enseñen esa magnífica cualidad.

La cabeza de los conquistadores antiguos y modernos no puede hacer otra cosa que malas imitaciones de estas mágicas transformaciones de nuestras brujas queridas. Tienen, por ejemplo, que usar tecnología de punta para transformar a la gente en pajarracos de hierro y mandarlos a cagar bombas en Irak y Afganistán.

En la Quinta Región de Chile, la gente cuenta sobre sus encuentros con la Calchona. El nombre quiere decir "pelo alborotado" en mapudungún, el hermoso idioma de la gente mapuche. Dicen que hace muchos años, Calchona era una bruja que amaba a su familia, pero no podía aguantar la tentación de salir de noche a bailar en los montes. Así que usaba una antiquísima receta de pomada que, esparcida por la piel, la transformaba en el animal que ella quisiera. Esperaba a que sus dos hijos y su marido se durmieran, y salía convertida en oveja negra a saludar a la luna.

También cuentan que una de esas noches los hijos se despertaron, y la vieron transformarse y dejar el ungüento sobre la mesa de la cocina, donde luego lo buscaría para volver a convertirse en persona. Cuando Calchona salió de la casa, los niños decidieron imitarla, y la pomada los convirtió en zorros. El marido también se despertó, escuchando a los dos zorros que lloraban porque no sabían cómo volver a ser niños. El hombre comprendió la situación y, decidido, usó el resto de ungüento para recuperar la forma humana de los niños, y se los llevó para siempre.

Cuando Calchona volvió, ya casi no quedaba pomada, así que sólo le alcanzó para que su cara y su pelo volvieran a ser humanos. Así se la ve todavía. Y hasta hoy, cuando los campesinos chilenos y mapuches escuchan una oveja balar sola en el campo, salen a darle de comer. Bonito gesto de solidaridad con la inofensiva oveja negra de aquella familia. Pidámosle entonces a Calchona la receta milenaria que nos transforme en ovejas negras, y a los campesinos chilenos que nos enseñen a transformar el miedo en solidaridad.

Una vez más, las sociedades opulentas no saben más que imitar mal, y apenas les sale transformar su propio miedo en muros y guardias nacionales, y la diversidad en vergüenza. Sólo en este año, tres millones de ciudadanos y ciudadanas de minorías étnicas en Estados Unidos han recurrido a la cirugía plástica para blanquear sus rostros. Los asiáticos se cambian los ojos, los afrodescendientes la nariz y los latinoamericanos se cambian los pómulos y el pelo en un espantoso esfuerzo por no ser odiados y maltratados. En ese mismo esfuerzo de transformación al estilo occidental, Arnold Schwarzenegger, el pasado 15 de junio, pidió a los hispanos que no miraran más televisión en español para no malacostumbrarse, como para que abracen más rápido el sueño de la Nación Aria. Un verdadero Terminator, olvidado de que él mismo fue inmigrante antes que gobernador. Sin embargo, la semana pasada, la candidata Hillary Clinton y el republicano John McCain coincidieron en que EEUU ha descuidado mucho a Latinoamérica durante la era Bush. Menos mal.

En toda la inmensa tierra que va desde el Amazonas al Orinoco, los teojos saben cómo ponerse en la piel de los bichos, y entonces pueden defender a su gente con las garras del tigre o mirar lejos con los ojos del águila. Los detentores del poder mundial, pese a tener a sus ojos mecánicos orbitando el mundo, no pueden ver más allá de su nariz y su chequera. El 21 de setiembre pasado, el presidente Bush declaraba públicamente, ante una pregunta de un periodista e intentando defender la guerra de Irak, que Mandela había sido asesinado por Saddam Hussein, lo que provocó inmediatamente la alarma de muchos, especialmente de Mandela. Los chinos celebraron hace meses el inicio del año del Cerdo, justo cuando Bush visitaba nuestras tierras. Ignoro si habrá relación entre ambos hechos, pero si yo fuera chino celebraría que el Presidente estuviera justo en lado opuesto del mundo.

En México todos temen y saben del Nagual, sabio indígena que conoce una extraña y hermosa canción con la que se transforma en el animal que quiere, y con el que se han elegido mutuamente. Juntos, hombre y animal protegen y exigen respeto a las cosas de la Naturaleza. Nosotros, en cambio, sabios occidentales de racionalidad conquistadora, sólo sabemos cómo

ponernos en el centro del universo a cualquier precio, porque los únicos precios que importan son los del Mercado Universal. Así hemos logrado que hasta la pobre madre tierra se rebelde: volcanes, tempestades, inundaciones y tsunamis son el precio que pagan los pobres. El cambio climático no es, como dicen, producto de las malas costumbres de la gente. Es la expresión más moderna de la inmensa estupidez del poder. Desde aquí, un abrazo gigante a la gente misquita de la frontera entre Nicaragua y Honduras, que no pudo venir a este Foro porque un huracán arrasó con su pueblo. Y otro a la gente del Perú, a la que la furia justificada de la tierra le impidió venir esta tarde.

Aquí también, en el Sur, no hay gente de campaña que no sepa de lobisones, y aunque los ciudadanos, que a veces miramos el mundo con ojos de Hollywood, solemos creer que los lobisones son hombres-lobo como los de las películas, cualquier familia rural podría explicarnos que un lobisón es el mayor de siete hermanos varones, y que en los viernes a la medianoche se convierte en la última fiera que haya visto: desde tigre o perro hasta chanco o caballo. En la querida Durazno, en el centro de mi país, se cuenta desde tiempos en que todavía era Villa del Durazno pero ya era capital del país, que había un señor Martínez que era muy conocido en la zona por buen vecino, trabajador y lobisón. Nadie es perfecto. El hombre parece que armaba unos bochinches bárbaros, mezcla de gritería y ladrido que se escuchaba de lejos, pero era tan buena gente que nadie le echaba en cara su condición, que después de todo no era culpa suya. Pero resulta que en la Villa vivía también una mujer que además de muy linda, era viuda y estanciera, y no le faltaban pretendientes. Una vuelta la señora volvió de una tarde de té y canasta, y se encontró a un tremendo perro echado en la puerta de su casa. Aunque el bicho no parecía fiero sino más bien querendón, la viuda no se animó a pasarle por encima, y después de un ratito de gritarle fuera bicho y sólo lograr que el animal le moviera la cola, se fue a la comisaría. Allá habló con el único milico de guardia, y lo amenazó con mover influencias si no iba inmediatamente a meter preso a ese perro que le impedía disfrutar de la paz del hogar. Cuando llegaron a la casa, el asunto ya había corrido como pólvora y medio pueblo estaba ahí, más que curioseando, asegurándose de que nadie le hiciera daño al pobre animalito, que todo el mundo sabía que no era otro que el vecino Martínez, que ya había dado muestras de cariño por la viuda.

El pobre milico estaba en problemas, y sudaba mirando la cara severa de la estanciera y los rostros vigilantes del vecindario, así que se acomodó el uniforme, se arrimó al bicho y con la mejor voz de autoridad que le salió, le dijo "¡Desempérese, Don Martínez! ¿No ve que me compromete?" Hasta hoy quedó como dicho, porque el bisnieto de aquel milico todavía vive en la Villa. A varios años luz de distancia, en la vieja Francia alguna vez revolucionaria, hace algunos meses, 300 niños fueron escoltados por el Ejército hasta la frontera y expulsados del país por ser hijos de inmigrantes. El decreto decía que la medida se tomaba "en defensa de la identidad nacional", y precedió a la imposición de análisis de ADN en las aduanas para comprobar que los aspirantes a entrar sean franceses puros. ¡Desempérese, Don Sarkozy!, ¿tan enferma y débil está la identidad francesa que los niños son una amenaza? En la vieja Europa no es la luna, sino el poder lo que a veces transforma a las personas en bestias.

Nuestras identidades populares están, felizmente, más sanas. Las espiritualidades afrodescendientes, desde la santería a la umbanda, la kimbanda y el vudú han servido para que su gente se meta en la piel y le preste el cuerpo a los espíritus de la naturaleza, que no otra cosa son los orixás. Y para que con los orixás de la mano, la gente negra pudiese soportar con dignidad tantas y tantas generaciones de esclavitud primero y discriminación después. Deberíamos ser capaces de la humildad de pedirle a esa gente que nos enseñe a meternos dentro el espíritu del mar o del hierro, para tenerlos a mano cuando nos haga falta.

Las tradiciones orales de todo el continente mágico abundan en ejemplos en que nuestros ancestros originarios de esta tierra se han transformado en montañas o ríos, volcanes, árboles o cerros. En cambio, los empresarios occidentales, modernos colonizadores, sólo saben transformar la tierra en números. Pasa hoy en la Quebrada de Humahuaca, que desde que fue declarada Patrimonio de la Humanidad han aparecido gringos con papeles de propiedad sacados quién sabe de dónde, y están expulsando con mentiras a toda la gente de Tilcara. Con igual impunidad, pasa en el sur, donde la multinacional Benneton sigue acaparando tierras y

expulsando familias mapuches y gritando "¡United colors!". Y pasa en tantos lugares de América Dolida, conflicto interminable entre los mercaderes de la Tierra y los hijos de Pachamama.

El mito de gente que se vuelve montaña o río no está tan lejos de la realidad, si lo miramos bien y sin prejuicios. Hace unos años fui testigo de una escena inusual, en el Cesar colombiano, cerquita de Valledupar, donde vive el pueblo Kogi. La Gobernación del Cesar anunció orgullosamente un nuevo plan de desarrollo, con el cual enviarían maquinarias, fertilizantes químicos y técnicos para que las comunidades Kogi pudieran producir más maíz, vender el excedente y mejorar así su calidad de vida. Cuando la caravana de máquinas llegó a la montaña, la encontró rodeada por una cadena humana de toda la gente kogi, y la advertencia de que si una sola máquina entraba a su montaña, se suicidarían en masa. El Gobernador lamentó la ignorancia de aquella gente, que se negaba a modernizarse y desarrollarse. Cuando la prensa decidió entrevistar a los dirigentes kogi, la respuesta les sorprendió: *"En esta montaña vive nuestro pueblo desde hace milenios –dijeron. Nuestros ancestros nacieron y murieron aquí, y ahora son parte de esta tierra. Ellos nos alimentan porque están en el maicito cuando lo comemos. Entonces no podemos vender nuestro maicito, porque estaríamos vendiendo a nuestros abuelos y a la memoria misma de nuestro pueblo."* Somos tierra y memoria, y la clase política no debería olvidarlo a la hora de pensar planes de desarrollo.

Así es que estamos en este 4º Foro Latinoamericano "Memoria e identidad". Y cuando digo que, más que un congreso, es un espacio de transformación, quiero decir que nuestra esperanza es que en los próximos cuatro días aprendamos a ser brujas capaces de volar dejando los pies en la tierra, Calchonas ovejas negras de la sociedad de Mercado, tlahuelpuchis y ciguapas para elegir caminar contra el destino que tenemos marcado, campesinos que trastoquen miedo en solidaridad, naguales aliados con los animales para exigir respeto a la Naturaleza, tejojes capaces de ser tigres a la hora de defender la tierra y la dignidad y águilas para mirar más lejos. Lobisones para espantar a las bestias y desemperrar a los gobernantes, que seamos río, árbol y montaña. Y que tengamos el valor de aprender de los pueblos esa capacidad de transformarnos, y que cada uno y una sea, desde hoy, urbano y rural, indígena y afrodescendiente. Porque sólo cuando perdamos el miedo a lo diferente, podremos poner a nuestro favor toda la magia y la memoria transformadora de esta gran Nación Mestiza.